

AGENDA CIUDADANA

LA MEMORIA (SELECTIVA) DE LOS PRESIDENTES

Lorenzo Meyer

Nota, no al Pie sino al Inicio. Con España, nuestra solidaridad tiene que ser total e incondicional. El horror del 11 de marzo debe asumirse como herida en carne propia.

Pese a Todo, es Mejor que Hablen.- En general, a los hombres del poder les escriben lo que leen en público. Generalmente los políticos se ven a si mismos como “hombres de acción”, y lo de reflexionar y dejar por escrito la razón de su acción lo consideran asunto secundario o, de plano, inútil. Las excepciones, los hombres públicos que usan la pluma para algo más que firmar, se pueden dividir entre los que sólo buscan justificarse y una auténtica minoría: los que tienen realmente algo que decir a la posteridad, al estilo de Charles de Gaulle en Francia, Winston Churchill en Inglaterra o, para usar ejemplos latinoamericanos, Domingo Faustino Sarmiento en Argentina o Rómulo Gallegos, en Venezuela. Este último, justamente por ser un hombre de letras, sólo pudo ser presidente entre febrero y noviembre de 1948, pues los militares no lo toleraron por más tiempo. En nuestro país, aún estamos a la espera del hombre de poder que usase la pluma para decir algo sustantivo sobre sus acciones y época.

Hidalgo y Morelos, simplemente no tuvieron oportunidad de dejarnos más que la confesión que les arrancaron quienes los juzgaron antes de ejecutarlos. A Santa Anna le sobraron temas y tiempo, y el resultado son unas breves justificaciones sobre dos desastres – Texas y 1847— y luego dictó unas memorias, publicadas póstumamente. A Juárez la muerte le sorprendió cuando aún estaba dedicado al ejercicio del poder. Díaz, en su exilio, no tuvo ánimo para explicarse ante la posteridad. Madero empezaba a entender la naturaleza del poder cuando le asesinaron. En su prisión de Texas, a Victoriano Huerta no le dio por poner en papel lo negro de sus reflexiones. A Carranza la muerte lo encontró en plena acción. Las “memorias” de De la Huerta fueron de Roberto Guzmán o José C. Valadez. Obregón escribió

algo interesante –“Ocho mil kilómetros en campaña”--, pero más interesante fue lo que no escribió. Calles, siempre misterioso y tenebroso, nos dejó como herencia al PRI pero ningún libro. Cárdenas escribió unos apuntes con datos importantes pero dispersos. En fin, de los muchos presidentes que hemos tenido, sólo los que aparecieron al final del régimen posrevolucionario --López Portillo, Salinas y hoy De la Madrid— han buscado poner por escrito las razones que los llevaron a actuar como lo hicieron. El resultado no es precisamente una gran reflexión sino una larga justificación.

Independientemente de la calidad de lo escrito por ellos o por quienes les asistieron, hay que reconocer que la alternativa, el silencio y que se lleven a la tumba “su verdad”, es peor. A fin de cuentas, publicaciones como la que acaba de aparecer de Miguel de la Madrid Hurtado, Cambio de Rumbo (México: Fondo de Cultura Económica), deben ser vistas como positivas, pues ofrecen datos e interpretaciones que, al ser confrontadas, abren ventanas para el estudio de la mecánica del sistema político del que fueron parte; son indicadores de la lógica que entonces rigió.

No hay aquí espacio para revisar críticamente las 871 páginas del testimonio de De la Madrid --recogido y ordenado por Alejandra Lajous a lo largo del sexenio y revisado por el entonces presidente--, pero sí para examinar temas tales como la peculiar elección de 1988, proceso que fue de la directa responsabilidad de De la Madrid y sobre el cual el libro arroja luz, quizá más de la que supuso el ex presidente. Cambio de Rumbo tiene todo el sabor de su época, pues el ex presidente no usó los tres lustros transcurridos desde entonces para revisarla, es una obra hecha sobre la marcha. Es por ello que el país en que ocurren los hechos que ahí se narran aparece ya como muy antiguo, y la obra tiene más el sabor de lo arqueológico que de lo contemporáneo.

La Visión del Partido.- Para entender la explicación de De la Madrid sobre lo ocurrido en 1988, se debe examinar su visión sobre lo que fue el instrumento de esa elección: el PRI.

En realidad no hay nada nuevo sobre el tema, pero no deja de ser importante que De la Madrid nos confirme la naturaleza del PRI que ya ha sido explorada por la literatura especializada: un partido de Estado, una organización sin voluntad propia, y cuyos componentes no tomaban iniciativas sino que, a lo sumo, reaccionaban a las de su jefe nato, el presidente de la República. Resulta interesante el desprecio apenas disimulado de De la Madrid por un PRI que no es realmente un partido político, sino una institución entre otras muchas que, ante la crisis que estalló en 1982, no hace otra cosa que “colgarse” del presidente de la República para poder sobrevivir (p. 318). En tan lamentables condiciones, el presidente asume que su papel frente a los numerosos y supuestos líderes “populares” del PRI, y en tanto el partido se “renueva”, es el de darles “calor” y dejarles que ejerzan “su pequeño poder de acarreo y dominio” (p. 643). Con una visión tan pobre del partido, no es de extrañar que ni por un momento el presidente aceptara la idea de intentar elecciones primarias para nombrar candidatos, pues con ese tipo de liderazgos el libre juego electoral interno no conduciría a la democracia sino a “una confrontación violenta”, a una especie de estado de naturaleza, que inutilizaría al PRI como instrumento presidencial, (p. 317).

Para De la Madrid, el PRI era un partido al que no se le podía dejar solo. Los líderes formales de esa institución, sus presidentes –entonces Adolfo Lugo Verduzco y Jorge de la Vega Domínguez— tenían un poder delegado que provenía, obviamente, no de las bases sino de la Presidencia de la República. Y el papel de esos “presidentes” no era realmente encabezar al partido sino algo más modesto: servir de “intermediarios entre el Presidente de la República y el gran aparato partidista” (p. 318). Lugo Verduzco logró el puesto por una gran cualidad política: el de ser “una persona cercana a mí” (p. 319). El cambio en la jefatura del PRI –Lugo por De la Vega— también fue un asunto estrictamente de De la Madrid y no de los órganos del partido (p. 641). Y, de nuevo, la principal cualidad de De la Vega no fue otra

que lealtad a De la Madrid y su capacidad como pastor o vaquero, pues su responsabilidad fue definida como la de “meter al redil” a todos los componentes de la organización, (p. 642).

Desde luego que la Presidencia de la República no podía ocuparse de todos los asuntos del PRI y apenas disimulado una libertad relativa en lo no importante. Así, los gobernadores continuaron nombrando a los candidatos a presidentes municipales y diputados locales, pero siempre vigilados por el CEN del PRI y, desde luego, por la Secretaría de Gobernación (p. 319). A nivel federal, el presidente de la República compartió la responsabilidad de las designaciones de candidatos a legisladores con los líderes de los sectores, cuyas ambiciones muchas veces no pasaban de luchar por colocar como depositarios de la soberanía de la nación a sus hijos o a sus yernos (p. 405). El ejército, que formalmente había dejado de ser un sector del partido de Estado desde 1940, por “tradición”, tenía “derechos”, aunque en 1985 en vez de aceptar sus cuatro posiciones en la Cámara de Diputados, pretendió recibir 16, (p. 405). Ni duda, al PRI no se le podía dejar solo, no tenía sentido de la responsabilidad.

Elecciones.- Para De la Madrid, las derrotas del PRI en 1983 en Chihuahua fueron resultado de una mezcla de problemas coyunturales del PRI (por ejemplo, de 40 mil comités seccionales sólo funcionaban 10 mil) y del auxilio que le dio la “derecha” al PAN, irritada por los efectos de la crisis económica (pp. 136-140). Cuando el desafío vino de la “izquierda”, el presidente ya no se mostró tan tolerante: a la COCEI se le quitó el ayuntamiento de Juchitán. ¿La razón? ¡Que la COCEI había hecho lo mismo que el PRI siempre hizo: utilizar fondos públicos para las elecciones! (p. 151).

De acuerdo con el autor, en 1985 el ejecutivo estaba dispuesto a ceder entre 20 o 25 diputados de mayoría a la oposición pero, desde luego, ni una sola gubernatura, independientemente de lo que dijeran las urnas (p. 406). Los límites de la apertura del sistema autoritario eran claros: en un congreso sin poder era posible ceder un par de docenas de

curúles a opositores, pero ni un milímetro donde si había poder. Esta premisa explica bien el fraude de 1986 en Chihuahua en contra del PAN.

En Chihuahua la operación empezó por “propiciar” que el electoralmente ineficiente gobernador Oscar Ornelas pidiera licencia “por tiempo indefinido”. Luego, poner a un “duro” en su lugar y, con cuidado, seleccionar al candidato. De la Madrid, hablando en tercera persona, señala que “optamos” por Fernando Baeza (p. 601). Se asesoró a Baeza desde el centro y por seis meses se empleó a ¡36 mil promotores! (no se dice quien les pagó) y el gobierno federal hizo obra pública a pasto para apoyar a su candidato de manera extraordinaria (pp. 602-603). El resultado fue una agradable “sorpresa”: ¡el PRI ganó y mostró ser un “organismo vivo”! (p. 604). Sin proponérselo, De la Madrid hace aquí una de las mejores caracterizaciones de una elección de Estado. Y aunque el ex presidente asegura que en 1986 en Chihuahua “no hubo una voluntad centralizada de cometer fraude” (p. 605), el fraude se cometió convirtiendo —en el papel— a Chihuahua en un estado muy rural e inflando la votación en el campo, donde el PAN no pudo vigilar el proceso. Desde luego que contra las afirmaciones de De la Madrid, está el estudio de Juan Molinar “Regreso a Chihuahua”, en Nexos, (No. 111, marzo 1987) que demuestran el gran fraude del 86.

El 88.- Lo mejor de este libro es su visión de la crisis política de 1988, donde se muestra con que facilidad un presidente puede combinar falta de sensibilidad, pésimo juicio y mala información. Para empezar, De la Madrid no vio en Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo más que un par de problemas de personalidad mezclados con “populismo” y concluyó que nunca podrían arrebatarse al PRI más de 30 mil fieles, que era nada para un partido con 10 o 15 millones de votantes, (p. 708). Nunca consideró el presidente que el neocardenismo fuera una amenaza para el candidato oficial --Salinas de Gortari-- que él y sólo él, fue preparando a lo largo de un proceso de “comparencias” que tuvo más de teatro

que de sustancia, aunque para los descartados –básicamente Bartlett y Del Mazo— debió de ser una auténtica tragedia, (pp. 737-758).

El meollo de Cambio de Rumbo está al final, y es la visión delamadridista de lo ocurrido el 6 de julio de 1988 (pp. 814-824), y que puede sintetizarse así. El presidente, supuestamente el hombre mejor informado de México, nunca puso en duda datos como los que le dio el regente de la Ciudad: ¡el PRI iba a ganar los cuarenta distritos electorales capitalinos! (p. 818). Según este texto, De la Madrid llegó a la crisis del 88 en un estado de inocencia increíble e inaceptable para alguien en su puesto. Y es que no hay peor ciego que el que no quiere ver. En realidad, ni *ex post facto* el ex presidente pudo comprender que el cardenismo era algo más que una rabieta de priístas marginados que se había dedicado a la “pepena” de “inconformidades y agitadores” (p. 820), que era algo sustantivo, y que los días del régimen que él presidió ya estaban contados.

La obra confirma lo que todos supusimos el mismo 6 de julio de hace casi 16 años: que no hubo ninguna “caída del sistema” de cómputo como se dijo, sino una decisión de no dar a conocer las cifras disponibles, pues “el Valle de México viene en contra y fuerte” (p. 816). Un presidente, “con los nervios de punta” (p. 817), sin tiempo para “grandes meditaciones” (p. 818) y cuyo mayor temor era leer al día siguiente encabezados como “Cárdenas proclama su triunfo y el PRI calla” (p. 817), tomó la decisión de usar al PRI para proclamar el triunfo de Salinas a pesar de no tener las cifras con que sostenerlo (p. 817), pues esa era una “tradicción que no podemos romper sin causar gran alarma en la ciudadanía”, (p. 816). Si esa decisión no es la confesión de un fraude electoral, entonces es lo que más se le parece.

Como sea, no hay duda que las memorias presidenciales, por selectivas que sean, son una contribución para entender por qué estamos como estamos en el país.